GACETA MEDICA DE MEXICO

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Tomo LXIII.

Diciembre de 1932

Número 12

DEONTOLOGIA FARMACEUTICA

Por el Profesor Juan Manuel Noriega.

La deontología es el tratado de los deberes, y como cada hombre tiene los suyos y cada profesión los que le son anexos, la deontología farmacéutica se ocupa de los deberes del farmacéutico o sea de su moral profesional.

La moral no es más que la ley natural impresa en la conciencia y que, en sentir de los filósofos, es imborrable por ignorante y degenerado que se suponga al individuo; es el tratado del bien en su más amplia acepción y de lo que, según el dictado de la conciencia, constituye las buenas acciones, en cuyos principios y significado están de acuerdo todos los hombres; no requiere estudio ni leyes escritas en sus fundamentos y son las ideas del bien y del mal, virtud y vicio con que se califican universalmente las acciones de los hombres. Ningún hombre puede prescindir de la existencia del orden moral, constituye las reglas de conducta, son y deben ser eminentemente prácticas y no asunto de teorías y si se ha escrito sobre moral, es simplemente como una explicación o exposición, pero sus bases constitutivas hay que buscarlas en la razón, la conciencia y el sentido común; son las reguladoras de la conducta.

Si bien es cierto que en la conciencia encuentra el hombre las ideas fundamentales de moral, en muchos casos y especialmente tratándose de moral profesional, es indispensable un conocimiento de los deberes y por eso puede también decirse que la moral es el cumplimiento de los deberes, y su conocimiento y el conocimiento de los mismos debe ser tal, que permita comparar los medios con los fines y aunque las ideas de la moral sean de orden intelectual, se traducen en obligaciones materiales; presuponen la libertad en las obras.

Un profesionista farmacéutico debe conocer sus deberes para cumplirlos, lo cual es tanto como decir que debe esforzarse en el estudio

y adiestrarse en las manipulaciones que sean de su resorte para ejecutar a conciencia sus trabajos.

Capacidad de conocer lo que se ejecuta en el orden físico y en el moral y libertad para obrar, son las condiciones que se necesitan para que un acto sea moral o no, laudable o vituperable. La ley moral no es una influencia exterior, sino una atracción que respeta la libertad de obrar, con limitaciones como son: las penas o los premios. Las acciones libres tienen una regla a que sujetarse y en su conformidad con la misma consiste la moralidad; reglas que no dependen del arbitrio humano, pues nadie puede ordenar que el bien se convierta en mal; nadie puede afirmar que la diferencia entre bien y mal sea arbitraria y sin regla.

No debe confundirse la moral con la utilidad privada pues en tal caso la base de la moral sería el egoísmo y éste es variable según el parecer de cada individuo; tampoco lo es la utilidad pública, por lo cual la opinión del doctor Barona, de Cuba, que opina que la moral depende de la sociabilidad y se desenvuelve con ella, no puede admitirse como base esencial de la moral absoluta ni de la profesional, por cuanto que exime de la moralidad al individuo, en las acciones que no tengan relación con la sociedad, además de que, en muchos casos no se sabe con claridad cuál es el verdadero bien común.

No se excluyen la moralidad y la utilidad; desde luego se tiene la satisfacción del deber cumplido y el proyecto que de ello resulta uniendo moralidad y utilidad. La utilidad bien entendida puede ser del todo moral y así, el profesionista que se desvela por perfeccionarse hace un acto moral del cual le resulta utilidad de todo punto moral en prestigio y bienestar material; el que atiende sus asuntos comerciales con inteligencia, obtiene utilidad pecuniaria que nadie tachará de inmoral. Pero aunque unidas, no son la misma cosa, como tampoco lo son la inmoralidad y el daño, aunque es la unión tan íntima, que a primera vista se confunden como una sola cosa.

La moral está de acuerdo con la razón, si por ello se entiende la justicia; pero si se entiende por razón una simple verdad, puede en algunos casos ser cierto esto y no en otros, por ejemplo, puede haber verdad en los cálculos para hacer un fraude y no hay moralidad en verificarlo y en este caso hay desacuerdo entre la razón como verdad y la moral. La bondad moral de cada acto debe estar en consonancia con la verdad absoluta o ley natural impresa por el Creador en la conciencia.

Lícito es todo lo que no contradice al orden moral. Deber es la sujeción del ser libre al orden moral o a aquello que está obligado el hombre por las leyes naturales o positivas.

Obligación y deber se confunden y es la primera, según el diccionario, la imposición o exigencia moral que debe regir la voluntad libre; vínculo que sujeta a hacer o abstenerse de hacer una cosa establecida por precepto de ley, por voluntario otorgamiento o por derivación recta de ciertos actos.

Derecho es la facultad natural del hombre para hacer legítimamente lo que conduce a los fines de su vida (en el caso, de su profesión). Facultad de hacer o de exigir todo aquello que la ley o la autoridad establece en nuestro favor o bien el conjunto de preceptos y reglas humanas en toda sociedad civil y a cuya observancia se es compelido por la fuerza. El derecho incluye siempre obligación o deber en otro para hacer o impedir alguna cosa.

Responsabilidad moral es la sujeción a la imputabilidad y a sus consecuencias.

Culpa es la misma responsabilidad por una mala acción o por el no cumplimiento del deber.

Pena es el castigo impuesto por superior legítimo o sea la autoridad, al que ha cometido un delito o falta.

Laudable es toda acción conforme al orden moral y vituperable lo contrario.

Conciencia es el dictamen de la razón que indica qué acción es buena y cuál no lo es. Hay rectitud en la conciencia cuando hay verdad en el juicio y moralidad en la acción pudiendo la misma tener modalidades de errónea, probable y dudosa, si falta la verdad en el juicio o hay simple probabilidad o duda entre una y otra.

Estos principios tienen aplicación a todos los actos comunes de la vida y a todas las actividades profesionales. Nadie puede ejercer moralmente una profesión si no hace los mayores esfuerzos por conocerla a fondo, posesionarse de sus bases, asimilarse sus principios y poner en práctica lo que los maestros en la materia enseñen y lo que las luces intelectuales de cada uno, comprobadas por el examen científico y la experimentación enseñen como verdadero, es ésta la primera obligación del profesionista y más aún del farmacéutico, en cuya profesión se encuentran ramos tales como el análisis químico en que no puede procederse por saltos y el que tenga conocimientos incompletos y

no marche precisamente con método riguroso, caerá forzosamente en graves errores de mayor o menor trascendencia.

Tiene la carrera de farmacia, como todas, dependencia necesaria del poder público, el cual tiene dos funciones: proteger y fomentar. Por tanto, debe dictar y ha dictado disposiciones legales que norman el ejercicio de dicha profesión; y es de estricta moralidad acatar las referidas disposiciones o leyes ya que la ley no es más que un ordenamiento de la razón dirigida al bien común promulgada por el legislador; las cuales leyes protegen tanto a la sociedad como al profesionalista y fomentan puesto que promueven el bien.

Así como la farmacia legal, trata de la profesión relacionándola con el derecho, la deontología se refiere a la parte moral en su relación con la sociedad.

La deontología en el sentido más lato se puede entender como un tratado del deber cuyo objeto es dar reglas para el comportamiento del farmacéutico en relación con la sociedad en que desenvuelve sus actividades, desde el punto de vista moral.

Janet, catedrático de la Facultad de Letras de París, define los hechos morales diciendo que no son los que no pueden caer jamás bajo el dominio directo interiormente el que los experimenta. El aviso interno que acompaña a cada uno de nuestros actos, es a lo que llama conciencia o sentido íntimo. Por ejemplo: si un farmacéutico al recibir una receta para su despacho, dispone de dos productos, uno de superior calidad y otro de inferior y hace uso del mejor, cumple con su deber y ejecuta un acto moral y el convencimiento y satisfacción que le proporciona el cumplimiento del deber, es lo que se llama sentimiento íntimo o conciencia.

La idea es un acto simple de la inteligencia por medio del cual se obtiene el conocimiento simple de una cosa; en su más amplia acepción, es el concepto o juicio que nos formamos de una cosa, y el ideal es el tipo de perfección concebido por la razón, de acuerdo con la fantasía. El ideal abarca tanto la moral como el arte y la ciencia, es propio del hombre que desea elevarse y sobresalir, en tanto que el mediocre, es la negación del ideal, se conforma con las imperfecciones, pero el idealista busca la perfección y lucha por subsanar los errores y marcha siempre hacia el progreso. El uno se mezcla y confunde con la masa anónima en tanto que el otro se destaca en el grupo de la intelectualidad; son respectivamente valores positivo y negativo.

El farmacéutico, como hombre de ciencia, debe tener como ideal

el elevarse por el estudio continuo y por su actuación moral, hasta hacerse útil a sus semejantes.

El valor y el respeto que el hombre se reconoce a sí mismo, constituye su dignidad. Conocida por la sociedad la dignidad del individuo, lo eleva en su concepto y lo consagra en el altar de la pública opinión. De ahí que, el farmacéutico digno, que llega a rodearse de una aureola de dignidad y de honradez por su tendencia constante a ejercer concienzudamente su profesión, se posesiona del aprecio de los demás y se revista de cierta autoridad que le abre las puertas del éxito y le valen el título de elevación moral. El farmacéutico digno será el que hace de su profesión un sacerdocio, no ejecutará actos que desmerezcan en el concepto público y buscará el bienestar material por medios no reñidos con la moral. Debe entre otras cosas el farmacéutico, educar la voluntad de manera que llegue a serle como una costumbre el obrar con integridad en todas las cosas, hasta experimentar la satisfacción del deber cumplido, siempre preferible al cumplimiento forzado por presión extraña.

Requiere la profesión de Farmacia: vocación, perseverancia, integridad, valor moral, amplitud de miras, amor al prójimo y una mezcla de interés bien entendido y de prudente desinterés; vocación, porque sin ella ningún hombre llegará a ejercer con buen éxito su profesión, y su falta indica que no es llamado por ese camino. Perseverancia, significa firmeza y constancia para obtener el propósito de sobresalir en la profesión, dignificarla y enaltecerla. Integridad, que no sino la moral en toda su extensión, base, como se ha visto, de toda actividad y en particular de esta profesión. El valor moral para menospreciar los intereses bastardos y anteponer al lucro la eficacia, el cuidado y la exactitud en los trabajos profesionales. La amplitud de miras, para no ver en esta profesión un simple comercio, sino considerar, como debe considerarse, la oficina profesional, y como tal, elevarla y dignificarla. Amor al prójimo para que al practicar cualquiera operación se haga con tal cuidado como si fuese para nosotros mismos o nuestros allegados y la equidad en el cobro de emolumentos sea lo más justificado posible.

El farmacéutico, por su cultura, por el fin que persigue su ejercicio, ocupa un elevado puesto en la escala social, pertenece al grupo de la intelectualidad y debe en todo tiempo demostrar a sus conciudadanos que es un miembro que merece un alto concepto de la sociedad en cuyo seno vive y desenvuelve sus actividades; es el colaborador del médico, tiene en sus manos la salud y la vida de sus semejantes, de él depen-

de el prestigio del médico, su colega, y el crédito de la ciencia médica; sus servicios son indispensables al conglomerado social. La función del farmacéutico abarca no sólo la perfecta dispensación de los medicamentos, sí que también el digno desempeño de la función social en el intercambio intelectual, para lo cual está preparado por la instrucción que debe poseer. No es en la actualidad el antiguo y empírico auxiliar del médico en sus funciones materiales, sino que está obligado a prestarle verdadero concurso, por cultivar ramos de la ciencia conexos con la medicina, que la completan, pero que no cultiva el médico, fiado en los conocimientos de su colega.

Después de exponer estas generalidades y estos principios abstractos, necesario es indicar reglas concretas que se ligan con la moral en el ejercicio práctico de la farmacia.

Según el Código Médico-Farmacéutico de Autwerp, que data de 1877, se establecen las reglas siguientes:

PRIMERA.—Cada miembro de las dos ramas de los cuerpos médicos, se abstendrá de invadir la jurisdicción del otro, así como arrogarse como prerrogativas o atribuciones que no le corresponden; el médico no proporcionará ninguna medicina a su enfermo y el farmacéutico no deberá dar consejo médico alguno; el farmacéutico puede, eso sí, dentro de los límites de la ley proporcionar los medicamentos que se le pidan sin invadir, por esto, el campo de su compañero el médico.

SEGUNDA.—Los médicos y farmacéuticos deben conducirse entre sí como hermanos y usar siempre aquellos sentimientos de bondad propios de los individuos de una misma familia y deben evitar, en presencia de sus clientes, exteriorizar diferencias de criterio; un Consejo de Conciliación debe nombrarse para suavizar cualquier aspereza que pudiera surgir en el ejercicio de la práctica profesional.

TERCERA.—Finalmente los médicos deben, en la menor escala posible, recetar medicamentos secretos y especialidades farmacéuticas y por otra parte los farmacéuticos deben abstenerse de anunciarlos.

Ahora vamos a transcribir el código de Hynson por considerarlo de importancia ya que viene a completar por sí sólo este trabajo.

Código de Hynson. Del Farmacéutico.

PRIMERO.—Debe por medio del estudio, experimentos, investigaciones y práctica, prepararse convenientemente para transar con com-

petencia los asuntos que diariamente se presentan en el ejercicio de su profesión y

SEGUNDO.—Debe poseer buenos hábitos morales y no ser adicto al uso de narcóticos ni de bebidas alcohólicas.

TERCERO.—Debe siempre esforzarse en adquirir mayor número de conocimientos; debe, en tanto le sea posible, leer lo recientemente escrito sobre la profesión; debe prestar su concurso a todas las organizaciones farmacéuticas que le parezcan ventajosas para la clase y comportarse de tal manera que, en modo alguno, desdiga de la dignidad y el honor de la asociación cuyos prestigios se trate de elevar.

CUARTO.—Debe aceptar las normas y requisitos exigidos por las Farmacopeas de los Estados Unidos y del Formulario Nacional para los productos de materia médica y las preparaciones reconocidas por estas publicaciones y dentro de lo posible debe aconsejar su uso y rechazar el de especialidades farmacéuticas y nostrums.

Del Farmacéutico con el Droguista.

PRIMERO.—Debe ser correcto en sus tratos con éstos; todas las mercancías que reciba equivocadas o en mayor cantidad que la pedida o marcadas con menor precio del que ellos tengan, debe ponerlo en conocimiento del remitente así como lo haría en los casos en que fuere él el perjudicado. Aquellas mercancías cuyos envases fuesen cobrados aparte o su precio no estuviere incluido en el precio de la misma, deben ser devueltos cuidadosamente o si se quedasen con ellos deben anotárselo a sus dueños.

SEGUNDO.—Debe esforzarse en cumplir sus obligaciones comerciales, pagar con puntualidad sus compromisos, cumplir con todos sus contratos y convenios y debe ser exigente en cuanto a que sus facturas sean servidas en la forma pedida.

Del farmacéutico con sus compañeros:

PRIMERO.—En estas funciones no debe hacer a los otros lo que no quiera le hagan a él. No debe hacer comentarios ni publicar anuncios.

CUARTO.—No debe copiar en las etiquetas el texto de la receta si el médico no lo ordena, aun cuando el cliente lo solicite. No debe usar ninguna palabra o frase como: "Para uso externo," "veneno," "Precaución," etc., sin que el médico así lo ordene, pero si lo hará siempre que entienda que el no hacerlo pueda constituir un peligro para el paciente o sus familiares y la ley así lo permita.

QUINTO.—Cuando haya duda respecto a la corrección de una re-

ceta o a su modo de usarse, debe invariablemente conferenciar con el médico para evitar posibles errores o disgustos. No debe hacer ningún cambio en la receta sin antes haber efectuado esta conferencia y obtenido el beneplácido del médico.

SEXTO.—No debe hacer comentarios sobre la receta con los clientes ni informarle de los ingredientes de que se compone.

Del farmacéutico con los clientes:

PRIMERO.—Debe procurar obtener y merecer la confianza de sus favorecedores, la cual, una vez obtenida, debe proseguir haciendo buen uso de ella procediendo siempre con entera corrección.

SEGUNDO.—Debe suministrar artículos de primera calidad, excepto cuando sean solicitados otros inferiores por los cuales se les cobrará conforme a su mérito.

TERCERO.—Debe cobrar precios equitativos por las mercancías que receta. Cuando de las recetas se trate, el precio debe guardar relación con el tiempo que en su confección se emplea.

CUARTO.—Debe interesarse por la salud de sus clientes y no debe ofrecerse a ejercer servicios médicos ni procurar la venta de especialidades farmacéuticas y nostrums solamente con fines especulativos.

QUINTO.—Debe abstenerse de venderle drogas a los envenenados en su uso; así como vender medicamentos abortivos y venenosos por ser esta práctica impropia de un caballero y menos de un farmacéutico.

Nos permitimos agregar como consejos de la experiencia, los siguientes:

Los farmacéuticos deben combatir el charlatanismo y huir de él, pues es impropio de un hombre de ciencia, y aun cuando en el ejercicio de la carrera se presentan frecuentes ocasiones la de emprender este mal camino, debe tener el propósito, no sólo de evitarlo, sino también de perseguirlo por los medios que en su mano estuvieren.

Debe asimismo tener un franco espíritu de compañerismo, viendo los intereses ajenos como los propios, ya que se trata de intereses de todo un gremio y la costumbre de reproches sistemáticos entre compañeros, mengua la estimación pública, por ese gremio y se siembra la desconfianza, de manera que muchas veces los mismos denigradores son las víctimas, además de la triste idea que da un hombre que no sabe respetar el nombre y decoro de sus compañeros.

Tampoco debe un farmacéutico plagiar las fórmulas de otros, puesto que son una legítima propiedad, fruto de estudio o de su inicia-

tiva, resultando con las imitaciones serviles, que uno ni otro obtienen beneficios y queda al imitador la responsabilidad de haber comprometido el bienestar del iniciador. Da por otra parte idea de menguada inteligencia el que vive de imitaciones y no le acredita de honrado semejante proceder.

El farmacéutico no debe mantener las vulgaridades a veces irracionales, que se han adueñado del público, ni menos propagarlas ni promoverlas, sino prudentemente procurar ilustrar a los clientes humildes, cuando soliciten verdaderas vulgaridades; pero mucho mayor cuidados deberán tener cuando se perciba un fin inmoral en lo que se solicita.

Indebido por todos conceptos es engañar al público prevalecido de su ignorancia en achaques de farmacia, no substituyendo medicamentos ni empleando los alterados, siendo fiel en las pesadas e ilustrando, con prudencia, al vulgo propiamente dicho en las extrañas solicitudes que a menudo hacen en las farmacias, como por ejemplo buscar polvos de enamorar, etc.

Por lucrativo que sea la venta de objetos destinados a fines inmorales, debe el farmacéutico proscribir de una manera absoluta dicha venta y sacrificar en aras de su buen nombre las utilidades que hubiera podido reportar, ya que además de ser inmoral dicho comercio, rebaja hasta sumo grado la dignidad del que a tan vergonzoso comercio se dedica.

También evitará colocar en su oficina avisos inmorales, ya por su naturaleza misma es decir, por el preparado que anuncian, ya por las ilustraciones nada honestas que es frecuente usan los fabricantes.

Se debe abstener el farmacéutico de hacer ocultaciones de narcóticos, de cuantas sustancias prohíba la autoridad que sean vendidas y no facilitará drogas enervantes a los viciosos sin hacerse cómplice de la extensión de los vicios.

Por motivo alguno hará compras de sustancias que sospeche que sean resultado de robo, fraude o contrabando y preferirá, en general, surtirse de los establecimientos más honorables y mejor acreditados.

No debe subordinar al buen aspecto de los preparados o recetas la buena calidad de los medicamentos, sino por el contrario sin descuidar el buen aspecto de los mismos, cuidará ante todo de su buena calidad.

Anotará en sus preparados oficinales y en sus paquetes de drogas vegetales, la fecha de su preparación o de su compra y ateniéndose a

lo que los tratadistas aconsejan y ordenan muchas Farmacopeas, renovará cada dos años sus productos, para lo cual tendrá suficiente prudencia de preparar o comprar lo que la práctica le enseñe que puede ser consumido en su farmacia en dicho período de tiempo.

El farmacéutico debe ser temperante y enemigo del uso personal de enervantes; porque estos productos lo incapacitan para el buen ejercicio profesional.

A las cualidades de honradez, temperancia, etc., conviene que añada los buenos modales, la afabilidad con su clientela, el tino para el trato con toda clase de personas, pues esto le acarrea simpatías y redundando en provecho económico.

Sufrirá con paciencia las frecuentes impertinencias de sus clientes y por ningún motivo se permitirá familiaridades de mal género.

No deben los farmacéuticos hacerse desleal competencia, ni abaratando los medicamentos con el sólo fin de perjudicar al compañero, ni menguándole su prestigio ni comprometiendo su posición adquirida, como sucede estableciéndose a muy corta distancia de otro, ya establecido.

El farmacéutico debe abstenerse de invadir la profesión del médico ni infundir en el público desconfianza en él; pues por una parte ya hemos dicho que deben considerarse los médicos como colegas y por la otra en ningún caso puede juzgar el farmacéutico si un medicamento está bien o mal prescrito, pues ni ve al enfermo ni es médico.

Cuando el farmacéutico se encuentre con alguna grave preocupación mental o bajo de influencia de una emoción de cualquier género que sea, conviene que se abstenga de preparar recetas, máxime si llevan sustancias peligrosas; pues no gozando momentáneamente del pleno uso de sus facultades, puede cometer errores que no por involuntarios dejarán de ser funestos. Mientras haga una preparación ó despache una receta, evitará sostener conversaciones y concentrará su atención en la labor que ejecuta. No menospreciará las disposiciones legales relativas al ejercicio de su profesión, pues en términos generales, son prudentes y dimanar de la experiencia convertida en ley.

Son inmorales las asociaciones con médicos para la explotación de una farmacia así como los convenios privados, en que se haga participante al médico de las utilidades que se obtengan.

Si varias personas se ocupan en una farmacia de preparar recetas, deben estar suficientemente alejadas para evitar que una tome los me-

dicamentos de otra y para evitar motivos de distracción y causa de conversación.

Las recetas deben ser leídas por más de un individuo y en su preparación no hacer sustituciones ni cambios de ninguna especie; ya se ha dicho que no hay verdaderos sucedáneos y que sin previo acuerdo del médico, no debe hacerse el menor cambio en una fórmula.

No está autorizado ningún farmacéutico para modificar a su gusto las fórmulas oficinales y que las Farmacopea es ley, debe sí anotar las deficiencias que observe para comunicarlas a quien corresponda. Debe seguir en todo a la Farmacopea, ya se trate de preparaciones ya de ensayo de medicamentos.

Ningún medicamento que ingrese a la oficina debe escapar al examen del farmacéutico y por tal examen entendemos el análisis. El mismo farmacéutico debe colocar las substancias en sus envases y por ningún motivo dejará los paquetes o frascos sin su membrete respectivo, ni dejará en paquetes las substancias alterables por el aire y la humedad.

Nunca debe fiarse un farmacéutico de manos inexpertas para las labores de la oficina y casos se han dado de graves equivocaciones, sólo por el hecho de que muchachos, hayan dado los frascos a los despachadores. Al tomar un frasco, aunque se esté seguro por el lugar que ocupa de que es determinada substancia, debe leerse con atención su membrete.

Las balanzas serán objeto de especial cuidado ya que de su exactitud depende en su mayor parte la buena preparación de los medicamentos. No menor debe ser el cuidado para las medidas.

No deben aprovecharse preparaciones alteradas y a este respecto deben tener presente los farmacéuticos lo que los tratadistas enseñan y algunas Farmacopeas exigen y es que los medicamentos y en especial los preparados y drogas similares se remueven cada dos años. Para esto, es conveniente que se fije en los frascos una cédula que indique la fecha de preparación.

Es conveniente que los farmacéuticos estén al corriente de la ciencia y deberán estar suscritos por lo menos a una publicación químico-farmacéutica y también deben tener los más importantes formularios.

No es conveniente que en las oficinas de Farmacia se aclare a los clientes aquello que los médicos han tratado de disimular, pues eso lo hacen en beneficio de los enfermos y para salvar las preocupaciones vulgares.

No deben contraerse deudas que no se tengan la completa segu-

ridad de poder solventar oportunamente y de aconsejarse es que los farmacéuticos verifiquen sus compras al contado. Tampoco deben hacer compras inútiles, pues amortizan capital por pequeño que sea, que podrían emplear útilmente. Nada conveniente es el recibir mercancías en comisión, pues no con facilidad se colecta lo que por cuenta de ellas se vende. Cuando falte en la oficina un medicamento consúltese con el médico, pero no se haga sustitución alguna ni disminución en las dosis.

Para el cobro de las recetas atiéndase a los precios establecidos en la plaza, pero es de desearse una tarifa para los cobros.

Las oficinas de farmacia tendrán los reactivos bien preparados y harán uso real de ellos. Nunca deben despacharse recetas dudosas por causa de la escritura. Antes de proceder a la preparación debe leerse completamente y trazarse en la mente aunque rápidamente un programa de preparación. Al terminar su preparación debe copiarla el mismo que preparó para que esto sirva de ratificación y tranquilidad del preparador.

La infidelidad en la preparación en las dosis de medicamentos extravía el criterio médico, amen de otras consecuencias que pugnan con la moral.

Siempre debe tenerse a la vista una lista de la dosis de los medicamentos peligrosos, por mucho que se tenga en la memoria la dosis usual, debe acudirse a las referidas listas o a las obras de consulta.

No debe manipularse de prisa y siempre debe ratificarse lo despachado.

No despreciar las reglas que las obras de Farmacia enseñan para las manipulaciones.

Pensar antes de manipular en los casos no vulgares y para salvar alguna incompatibilidad, experimentar en pequeño antes de hacer un gasto inútil de substancias.

No dar al público medicamentos peligrosos sin orden del médico.

Cuidar en todos los casos del buen nombre propio y del prestigio de la profesión.

Debe el Jefe de la oficina mantener la superioridad con respecto a los empleados y darles ejemplo en todos los casos.

Debe darse instrucción de buena fe a los practicantes y aprendices y respecto a los mozos nunca hacerlos salir de su esfera.

Es muy conveniente tener una colección de ejemplares auténticos de las drogas que sirvan para comparaciones en el momento requerido

y también una colección de polvos genuinos, para comparaciones microscópicas.

Debe haber en la oficina de farmacia un orden inalterable, higiene, aseo y pulcritud.

Todas las observaciones aquí anotadas tienen ligas con la moral farmacéutica.

COMENTARIOS

Dr. Gonzalo Castañeda.—Escuché con mucha atención y complacencia estos apuntes, estimo muy oportuno se sienten estos principios y que tratemos de seguirlos. No obstante lo extenso de este trabajo encuentro que faltan muchos detalles y comprendo que el tema es inagotable, pero quisiera que me informara cómo se considera dentro de la deontología farmacéutica el servicio de las recetas que se surten para los médicos cuando están enfermos. Segundo: ¿cómo considera la deontología farmacéutica el que los médicos se agreguen a las boticas y ofrezcan consultas gratis, pero que en realidad no son gratis? Tercero: ¿cuándo el farmacéutico encuentra que hay alguna equivocación de cantidad o de compatibilidad está obligado a buscar una conferencia con el médico? Y suponiendo que no lo encuentre, qué hace? Así podría formular otras muchas preguntas.

Profesor Juan Manuel Noriega.—Sobre el primer punto, contestaré, que por educación, por compañerismo, etc., se ha acostumbrado no cobrar las recetas a los médicos siempre que se puede hacer este servicio, pero esto ya depende del dueño de la farmacia; por mi parte, siempre procuro inculcar a mis alumnos, desinterés. Respecto al segundo punto, lo considero enteramente inmoral, porque hay farmacia que anuncia consulta y medicina por \$0.50 y no es posible ni que el médico dé una buena consulta por ese precio, ni que la botica pueda dar medicinas. Una buena consulta tiene que ocupar mucho más tiempo y se debe recetar lo que el enfermo necesite, cosa que no puede hacerse cuando el médico necesita calcular que el medicamento valga X o cinco centavos para que alcance a salir el negocio y si no lo hace así entonces pierde la farmacia; de manera que esas asociaciones se consideran inmorales. Por lo que hace a la tercera pregunta, le diré que la Ley misma manda que se aclare con el médico cuando se supone algún error, sin que el cliente se aperciba de ello. El reglamento mismo quiere que se

salvague el prestigio del médico y siempre se procura cualquier salida honrosa; generalmente estos casos se arreglan perfectamente, pero no faltan casos desagradables en que se conteste de mala manera al que consulta, pero por lo común todo se arregla pacíficamente. En caso de que quiera insistir en su fórmula, dice: ratifico la receta y la Ley dice que ya es potestativo del farmacéutico, aceptarla o no. Ya sucedió con un médico que no quiso leer la receta porque estaba entregado a algo distinto de la profesión y se le consultó sobre una receta de estricnina, habiendo contestado: "Yo no me equivoco." El boticario compartió la responsabilidad del médico surtiendo la receta y el enfermo se murió.

Dr. Demetrio López.—El profesor Noriega ha sido muy oportuno trayendo estas cuestiones de ontología ahora que los valores morales se han extraviado tanto y me permito agregar que en las relaciones de los médicos con los farmacéuticos, aumentan cada día los médicos que aceptan responsabilidades en las boticas y esto es inmoral, porque los médicos hacen esto por aumentar sus emolumentos, pero si fueran realmente responsables tendrían que permanecer en la farmacia todo el tiempo. Ultimamente he tenido conocimiento de médicos que postergando a los farmacéuticos han aceptado responsabilidades hasta por \$10.00 y estimo que el Profesor Noriega podría añadir algo sobre esto en su trabajo.

Dr. Del Raso. — Es imposible enumerar todos los requisitos que deben normar la conducta del farmacéutico, por lo pronto me parece una exigencia absurda lo que el profesor Noriega establece al pretender que cada dos años se renueven todas las existencias de las farmacias. Esto no tiene razón de ser, porque esta renovación se refiere a las cataplasmas, a las hierbas, cada día más en desuso, puesto que decía un terapeuta: "De los miles de hierbas que antes se usaban, apenas habrá una media docena que hayan merecido conservarse, como la belladona, el acónito; de manera que ahora difícilmente se encuentra esa enorme colección de hierbas que se conservaban por muchos años, hasta que las aromáticas habían perdido su aroma lo mismo que toda otra virtud terapéutica. Actualmente todas estas hierbas son suplidas por extractos flúidos, etc., pero si se trata de renovar la existencia de esas hierbas o de otras cosas similares, está muy bien pero repito, son muy escasas y los medicamentos que las han substituído no necesitan esta renovación; me pregunto qué objeto tendría renovar el sulfato de cobre.

por ejemplo. Insisto pues en que renovar todo el surtido es una gran exigencia. Además el profesor Noriega establece la obligación de analizar todos los productos y pregunto: ¿qué aptitud tiene el farmacéutico para analizar productos biológicos y otros muchos que están fuera de su competencia y aun concediéndole esa aptitud, le faltan los elementos, de manera que es imposible comprobar la eficacia de los medicamentos, aparte de que no se podría comprobar la eficacia de los 20,000 ó 30,000 específicos de patente autorizados por el Departamento de Salubridad a quien se le va a ocurrir, por ejemplo, comprobar la Levadura Coirre? Para saber si está activa es preciso destapar un frasco y solamente en institutos perfectamente bien equipados y con laboratorios atendidos por personas de notoria competencia, podría verificarse el análisis, de manera concienzuda tratándose de ciertos productos, así es imposible sentar como un principio fundamental el análisis general. Hay ahora la tendencia entre los médicos de recetar específicos de patente, tendencia que ha sido considerada como inmoral, pero yo estimo que el médico hace bien en recetar preparaciones de patente, siempre que el enfermo pueda subvenir a los enormes gastos que ella representa, porque las medicinas de patente son siempre mejores que las preparaciones de oficina; es indudable que la digitalina de Nativelle da mejor resultado que una infusión de hojas de una digital que tal vez hasta perdió ya sus virtudes; de manera que hace bien el médico en recetar prescripciones extranjeras bien preparadas por laboratorios que cuentan con equipos competentes. Por lo demás, es también cierto que en parte eso depende del médico: no se comprende cómo, a un tuberculoso o a un sifilítico se le hace gastar un compuesto yodado de patente, cuando con unas gotas de iodo se puede obtener el mismo resultado o tal vez otro más eficaz, y es que a veces el médico no se preocupa del gasto que va a hacer el enfermo. Resumiendo, insisto en que no pueden sentarse reglas invariables, ni menos las que significan la ruina de la farmacia.

Profesor Juan Manuel Noriega. — Las farmacopeas que ordenan la renovación del medicamento se refieren a las preparaciones alterables y para que eso no signifique una ruina, se aconseja que estas preparaciones se procuren en cantidades pequeñas, de acuerdo con lo que la experiencia informa que se consume. En cuanto a las plantas, afirmo que no son tan pocas, sino que son muchas y por eso ha venido el procedimiento tan notable de estratización, pero resulta muy caro y por eso no se hace. Respecto a la recomendación de medicamentos, reco-

nozco que faltó claridad en mi exposición, pero me referí a que cuando el médico ponga una receta determinada, no le diga el farmacéutico al clienteñ: "Lleve usted eso ú otro porque le anotaron de más." En cuanto al tercer punto, pienso que debería hacerse un verdadero análisis químico, pero solamente de aquellos productos en que pueden ocurrir verdaderas alteraciones; en otros hay alteraciones notables muy fáciles de percibirse, como la putrefacción, etc.

Dr. Del Raso. — Doy las gracias al Profesor Noriega por su atención al contestarme y refiriéndome a lo expuesto por el Presidente con respecto a que los médicos sean responsables en las boticas, afirmo que el doctor López, en su calidad de Jefe del Departamento de Química y Farmacia, podría muy bien hacer algo para reglamentar esta cuestión, debidamente, pero por otra parte me parece que resulta ventajoso que un médico sea responsable de una farmacia, porque cuenta con una cultura amplia y está más capacitado que tantos otros individuos que por puro negocio compran una botica por \$300.00 y con sólo decir: "Sin título de farmacia" ya pueden ejercer. Digo esto con mi doble calidad de médico y de propietario de botica, hay una botica por las calles de Guerrero en la que dice "Farmacéutico sin título de México, pero con título de Europa" y el que guste puede pasar a verla, ante estas cosas yo pregunto si no resulta preferible que sea responsable un médico en lugar de un zapatero o un sastre.

Dr. Demetrio López. — Es un problema difícil de resolver; admito que resulta preferible el que sea responsable un médico que un individuo sin título, pero la impotencia del Departamento de Salubridad para resolver este asunto convenientemente, depende de la falta de reglamentación del artículo 4o. constitucional y seguirá habiendo farmacéuticos sin título, como hay médicos que ejercen sin título de médico, de manera que estas irregularidades son a ciencia y paciencia del Departamento de Salubridad, porque no puede hacer otra cosa. Esto daría lugar a que se hiciera una excitativa a las Sociedades que estudian esta reglamentación para impedir el charlatanismo.

Dr. NORIEGA.

SUMMARY.

In this study it is pointed out that, by reason of his profession, the druggist contracts certain obligations towards his companions, the medical corporation and society in general. Prof. Noriega exposes very interesting personal and moral opinions, and finally he makes a transcription of Hynson's Code, as a brilliant ending to his paper.

NORIEGA.

RESUME.

Dans l'étude antérieure l'on déduit ce que pour des raisons de sa profession le Pharmacien s'oblige avec ses collègues, avec le médecin et avec la société. Dans ce travail, le Professeur Noriega exprime ses opinions personnelles et morales d'intérêt et finit en copiant le code de Hynson que donne une originale finalité a son travail.